

prender que el caballo ha venido al mundo para sufrir; que si no sufre, va contra sus fines, y que el Caballo celestial no protege á los caballos dichosos.

EL CRISTO DEL OCEANO

Aquel año, varios habitantes de Saint-Valery, que habían salido á pescar, naufragaron. Aparecieron sobre la playa sus cadáveres, arrastrados por las olas, entre los restos de sus barcas, y durante nueve días viéronse por el camino montañoso que conduce á la iglesia, féretros llevados á hombros y seguidos por viudas que lloraban bajo su largo manto negro, como las mujeres de la Biblia.

El patrón Juan Lenoël y su hijo Desiderio estuvieron también, yacentes, bajo la bóveda donde poco tiempo antes habían colgado, como una ofrenda á Nuestra Señora, un barquito con todo su aparejo. Eran hombres honrados y temerosos de Dios. El señor Gui-

lermo Truphème, cura de Saint-Valery, después de darles la bendición, dijo con voz conmovida:

—Jamás fueron recibidos en tierra sagrada, donde los que mueren esperan el juicio de Dios, hombres más honrados y mejores cristianos que Juan Lenoël y su hijo Desiderio.

Mientras las barcas y sus patronos perecían en la costa, buques de mucho calado naufragaron también en alta mar, y no pasaba ningún día sin que el Océano arrojase á la playa tristes despojos. Una mañana, varios niños que conducían una barca vieron una figura tendida sobre el mar. Era un Cristo, del tamaño de un hombre, tallado en madera y pintado, que parecía una obra antigua. El Hijo de Dios flotaba sobre las aguas con los brazos abiertos. Los niños lo izaron á bordo y lo condujeron á Saint-Valery. Su frente estaba ceñida por la corona de espinas, y sus pies y sus manos taladrados; pero le faltaban los clavos y la cruz. Con los brazos abiertos como si se preparase á bendecir, se presentaba como le vieron José

de Arimatea y las santas mujeres cuando iban á enterrarle.

Los niños lo entregaron al señor cura Truphème, que les dijo:

—Esta imagen del Salvador es una talla antigua, y quien la hizo debió morir hace ya mucho tiempo. Aunque los comerciantes de París y de Amiéns venden ahora á cien francos, y á precios más elevados, estatuas admirables, es preciso reconocer que los obreros de otras épocas tenían también mucho mérito. Pero me regocija sobre todo pensar que si Jesucristo ha venido á Saint-Valery con los brazos abiertos, es para bendecir á mi parroquia, tan cruelmente atormentada, y para expresar su compasión hacia los pobres marineros que arriesgan su vida cada vez que salen á pescar. Este es el Dios que caminaba sobre las aguas y bendecía las redes de Cefas.

El señor cura Truphème les dijo que depositaran el Cristo en la iglesia sobre la sabanilla del altar mayor, y se fué á encargar al carpintero Lemerre una cruz de encina.

Cuando estuvo hecha, clavaron en ella al Cristo con clavos nuevos, y lo colocaron en la nave sobre el banco reservado á los mayordomos.

Entonces advirtieron que sus ojos estaban llenos de misericordia, y como humedecidos por una piedad celestial.

Uno de los mayordomos que presenciaba la colocación del crucifijo, creyó ver correr lágrimas por el rostro divino. A la mañana siguiente, cuando el señor cura entró en la iglesia con el monaguillo para decir misa, sorprendióle mucho hallar la cruz vacía y al Cristo tendido sobre el altar.

En cuanto hubo celebrado el santo sacrificio mandó llamar al carpintero para preguntarle por qué había desclavado el Cristo de la cruz. El carpintero respondióle que no hizo semejante cosa; y después de interrogar al sacristán y á los mayordomos, el señor Truphème cercioróse de que nadie había entrado en la iglesia desde que Nuestro Señor había sido puesto en la cruz.

Convencido entonces que todo aquello era prodigioso, se consagró á meditarlo con

prudencia, y al domingo siguiente habló de ello á sus fieles, invitándoles á contribuir con sus donativos á la construcción de una nueva cruz más hermosa que la primera y más digna de llevar al Señor que rescató al mundo.

Los pobres pescadores de Saint-Valery entregaron cuanto dinero pudieron, y las viudas ofrecieron sus anillos. El señor Truphème pudo ir pronto á Abbeville y encargar una cruz de madera negra muy reluciente, rematada por un letrero que dijera INRI en letras de oro. Dos meses después la pusieron en el sitio de la primera, y clavaron al Cristo entre la lanza y la esponja.

Pero el Cristo se desclavó de aquella cruz como se había desclavado antes de la otra, y volvió á quedarse por la noche tendido sobre el altar.

El señor cura, al encontrarlo así por la mañana, cayó de rodillas, en oración. La noticia de aquel milagro se propaló rápidamente, y hasta las señoras de Amiéns enviaron donativos al Cristo de Saint-Valery. El señor Truphème recibió de París dinero y joyas, y

la esposa del ministro de Marina, Hyde de Neuville, envióle un corazón de brillantes. Con todas aquellas riquezas, un joyero de la calle de Saint-Sulpice construyó, en dos años, una cruz de oro y de piedras preciosas que fué inaugurada con gran solemnidad en la iglesia de Saint-Valery el domingo siguiente á la Pascua del año 18... Pero el Cristo, que había rechazado la cruz dolorosa, huyó también de aquella cruz riquísima, y volvió á quedarse por la noche tendido sobre la sabanilla del altar mayor.

Temerosos de contradecirle resolvieron dejarle allí, donde descansaba desde hacía más de dos años cuando Pedro, el hijo de Pedro Caillou, fué á decir al señor cura Truphème que había encontrado en la playa la verdadera cruz de Nuestro Señor.

Pedro era idiota y vivía de caridad; todos le socorrían porque nunca hizo daño, pero contaba sucesos absurdos que nadie creyó nunca.

Sin embargo, el señor Truphème, que no cesaba de meditar el misterio del Cristo del Océano, quedó atónito al oír al pobre idio-

ta. Dirigióse con el sacristán y dos mayordomos al lugar donde el mozalbeta dijo haber hallado una cruz, y allí había dos maderos clavados, ya carcomidos por el mar, y que realmente formaban una cruz.

Eran restos de algún naufragio. Y como aún se distinguían sobre una de aquellas tablas dos letras negras, una J y una L, no hubo dudas acerca de su procedencia, y fueron reconocidas como despojos de la barca de Juan Lenoël y de su hijo Desiderio, que cinco años antes había naufragado.

Ante aquel hallazgo, al sacristán y á los mayordomos les dió mucha risa la torpeza del idiota que veía en los despojos de una barca la cruz de Cristo; pero el señor cura Truphème puso fin á sus burlas. Había meditado y orado mucho desde la aparición del Cristo del Océano entre los pescadores, y el misterio de la caridad infinita comenzaba á revelársele. Arrodillóse en la arena, recitó la oración por los fieles difuntos, y ordenó á los mayordomos que llevasen aquellos despojos á la iglesia, donde levantó el Cristo que descansaba en el altar, lo colocó

sobre los maderos de la barca y lo clavó con los clavos que el mar había roído.

Por orden suya, aquella cruz ocupó al día siguiente el puesto de la cruz de oro y pedrería. El Cristo del Océano no ha vuelto á desclavarse. Ha querido permanecer en aquellos maderos sobre los cuales, al morir, los pescadores invocaron su nombre y el de su Santa Madre. Y allí, con su augusta y dolorida boca entreabierto, parece decir: «Mi cruz está formada con todos los sufrimientos de la humanidad, porque realmente soy el Dios de los pobres y de los desgraciados.»

JUAN MARTEAU

UN SUEÑO

Hablábase de sueños, y Juan Marteau dijo que un sueño había dejado en su imaginación una huella imborrable.

—Sería profético—adujo el señor Goubin.

—Aquel sueño—respondió Juan Marteau—no tiene de extraordinario ni siquiera su incoherencia; pero vi sus imágenes con una precisión tan dolorosa, que no puede compararse á nada. Nada en el mundo me ha quedado tan presente ni me ha sido tan sensible como las visiones de aquel sueño. Por esto me parece interesante. Me hizo com-